

Historiar en el vacío

Arte, gays y espacio social en Cuba

Norge Espinosa Mendoza

I

Admitir, en un espacio público, la presencia de una minoría es, aun cuando el propósito sea desacreditador, concederle un marco de visibilidad. Por ello, en Cuba, el manejo de los espacios de aparición pública suele ser cuidadoso en tales gestos, y sólo a manera de excepción puede deslizarse en la prensa u otros mecanismos de rápida interacción social una discusión centrada alrededor de esas minorías. El término «grupúsculo» ha sido manipulado con insistencia en las últimas décadas para englobar esas alteridades que no pactan con el modelo humano que la Revolución ha preterido, y dentro de ese ambiguo vocablo el homosexual se ha visto mezclado con otros sectores no adscritos a ese margen de representabilidad, desde el cual se miden los rostros y gestos que conforman una ya anquilosada iconografía que ha pasado, desde las sonrisas vivas del pueblo rebelde de los años 60, a los acomodos de una maquinaria propagandística que sigue apelando a los mismos cánones de representación, sin dilatar su arco de probabilidades, hasta tocar todo aquello que en un mundo como éste ha conseguido, cuando menos, la breve seguridad de saberse reconocible. La homogeneidad con la cual quiso representarse el conglomerado social de la nueva etapa que conoció Cuba a partir de 1959, confundió ese tiempo auroral con una estrechez para nada singularizadora, que olvidó activar, entre tantas libertades posibles, un modo de la sexualidad o el mero comportamiento que fueron rápidamente coartados. No son pocos los historiadores o antropólogos que se sorprenden al reconocer que la Revolución Cubana, promotora de libertades ansiosamente procuradas, y concebida a sí misma como un horizonte utópico al fin palpable, haya reaccionado de modo tan lamentable al pretender anular esos otros modos del ser, pasando del elogio a los barbudos que bajaban de la Sierra con largas melenas y collares de santajuana, a la persecución acérrima de los jóvenes que, dejando crecer sus cabellos, intentaban contaminarse diáfananamente con la explosión *hippie* de la misma época —un prejuicio que se mantendría hasta bien entrados los 80—. Y el asombro se redobla cuando se constata que pudo más la tradición machista y homofóbica que las propias voluntades regeneradoras que supo asumir en otros órdenes la Revolución. A partir de ello, el silencio veraz que consumía a los homosexuales de la Isla en el pasado prerrevolucionario se trocó en una

dinámica también anuladora que, sin embargo, añadió otras fórmulas a su propósito. Las redadas, tan habituales en los años 50, se producían en ese margen de mutismo que desvelaba la casi omnipotencia del gesto represor y la fragilidad de aquellos sobre quienes caía su peso. La Revolución dictaminó que el homosexualismo era un delito flagrante heredado de la podrida mentalidad capitalista —yo mismo, ahora, me sorprendo repitiendo consignas que se gritaron 40 años atrás—, y añadió un nefasto toque de publicidad a la maniobra. El gay, que hasta ese entonces no aparecía sino como un ser deleznable, o de simpático esquematismo en la tradición de nuestro teatro bufo, figura amujerada y ridícula en su propia inofensividad, se convirtió, entonces, en un ser que, además, portaba un *gestus* negativo, que lo político descubría como actitud atentatoria. Por ello, las máximas expresiones de visibilidad que han conocido los homosexuales durante la Revolución han estado mezcladas, generalmente, a esas coyunturas en las cuales se les lleva a un espacio público para acusarlos, reducirlos a ese grupúsculo ofensivo del cual hablé, bajo oleadas de una opresión que analizaba esas conductas no desde los reclamos de un país que exigía a su Gobierno una limpieza moral, sino esencialmente política. Piénsese, para calibrar los matices del proceso, en las recogidas de las UMAP, durante los años 60, camufladas con los llamados al Servicio Militar Obligatorio, o la todavía estremecedora repulsa que, durante los días del Mariel, aplicaba una rápida ecuación cuyo inflexible resultado aritmético igualaba al homosexual con la mierda. En *Conducta impropia*, ese documental tan llevado, traído e incómodo, se incluye la imagen de un homosexual negro que recorre un largo tramo en busca de sus documentos o de su salida definitiva de la Isla. Atraviesa un camino flanqueado por cordones humanos, compuestos por una multitud enardecida que, justamente, grita a coro esa palabra: «mierda, mierda, mierda». Es el punto climático de esa tensión entre política y sexualidad que se lee de manera inversa, en forma invertida. Para seguir jugando con las palabras, «invertido, invertida», es otro viejo término con el cual el cubano ha señalado al gay desde hace no poco tiempo. Leemos una historia escrita en el recuerdo de esas imágenes invertidas, no en los libros más o menos invisibles donde ha querido borrarse la humillación que tantos padecieron.

Las expectativas desatadas por los albores revolucionarios, sin embargo, fueron compartidas también por los homosexuales, en los primeros días, con el mismo fervor que manifestaron tantos, fueran cuales fueran sus preferencias eróticas. Un testificante afirma que la Revolución lo hizo sentirse persona, le otorgó un rango diferenciador de la sombra en la cual debió moverse hasta ese instante, confió en sus cualidades para convertirlo en alguien útil, y no valdría desestimar aquí esa profesión de fe. Si ello fue cierto, también acabó siéndolo el ademán negador que devolvió a esas mismas personas a una sombra de resonancias ideológicas y políticas, cometiendo un error del cual se sigue hablando en términos demasiado generales, sin ofrecer los detalles que tal vez nos animarían de modo contundente a impedir el retorno de esas estrategias castradoras. Las actas del I Congreso de

Educación y Cultura, celebrado en 1971, han sido ampliamente revisadas por estudiosos extranjeros, y aun cubanos, como prueba de esa desconfianza que animaba hacia el homosexual un rejuego de penumbras dispuesto a hacerle desaparecer en esas mismas tinieblas.

La grisura de los años 70 alcanza, entonces, los matices de un gris que acabó transparentando al gay como figura social. En franco seguimiento a los postulados de las estrategias morales que también heredamos del Campo Socialista, y que hallaron perfecta empatía con las tradiciones homófobas de las que ya nos enorgullecíamos estúpidamente en la Isla, el proceso aplicado como vía para la erradicación del homosexual apelaba a su redención, a su conversión, a la rectificación de su pecado original. La parametración que sufrieron no pocas personas y personalidades de la época resultó eficaz durante esos años, y ese mecanismo de presión, supuestamente legal, cuyos orígenes parecieran estar prefigurados en la reticencia con la cual Leopoldo Ávila, el sospechoso articulista de la revista *Verde Olivo*, se manifestaba en contra de los poemas de José Triana o Antón Arrufat, transformó esos nombres en mutismo ahistórico: las glorias breves o intensas de no pocos se borraron para que la historia pudiese reescribirse sin la necesidad de mencionarlos. El silencio fue el signo padecido por una amplia zona del pensar y el crear en cubano, y de homosexuales fueron tildados los miembros del grupo El Puente, rostros *perversos* en el perverso conglomerado que también devoró a un considerable número de artistas que todavía reciben las disculpas y rehabilitaciones con las que el país muestra su vergüenza ante ellos. Si desde 1988 el homosexualismo desaparece como delito en las actas de nuestra Constitución, no quiere ello decir que automáticamente ha sido disuelta esa presión. En *Greek Popular Morality*, Dover nos recuerda el abismo que puede existir entre la moralidad popular y la filosofía moral. El gay, en Cuba, sigue siendo, desde ese prisma de moralidad popular, un ser desvalido, una víctima fácil que continúa dependiendo de la indiferencia o la carga homofóbica que anima a los protagonistas de un accionar desde el poder: las redadas siguen produciéndose, y procurar alguna defensa legal contra esas u otras expresiones de represión es, cuando menos, impensable. Sobre todo, porque ello implicaría un forzoso *coming out* y la consecuente carga de publicidad, que bien puede suponerse negativa sobre aquel homosexual que no se contente con pagar una multa y seguir eligiendo el silencio ante esas maniobras detentadoras. Como buen país latino, en el cual el primer insulto que dos personas cruzan en una pelea sigue siendo el de «maricón», el prejuicio implantado desde hace tanto tiempo (no se olvide que el único auto de fe que la Inquisición practicó en Cuba tuvo como víctimas a seis amujerados), pesa más que la letra de la Constitución y las expresiones de tolerancia de los más respetados líderes políticos del país, en las noches de esa otra ciudad desconocida que puede ser La Habana.

Las más jóvenes generaciones aportan la nota esperanzadora. En su primer número de 1997, la revista *Habanera*, editada por el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, presentaba una serie de datos extraídos de una

encuesta desarrollada en 1994, sobre casi 400 jóvenes del centro, occidente y oriente de la Isla, por el Centro de Estudios sobre la Juventud, de la Unión de Jóvenes Comunistas. Seis de cada diez jóvenes consideraron «normal» la relación entre parejas gays, sobre un resto que las tildó de desagradables. Un 42 por ciento no demoró en calificar a los gays de pervertidos y otras lindezas, aunque la mayoría restante les destacó cualidades como sensibilidad y disciplina, manifestando, además, que un reconocimiento legal a esas parejas les permitiría una mayor estabilidad de vida. Pero el aspecto legal, insisto, sigue siendo un costado herido en este aspecto, donde el silencio se afirma con reticencia casi absoluta, como manifiesta, de pasada, un testimonio incluido en el artículo. Los tópicos siguen desempeñando papeles preocupantes, si tenemos en cuenta que los principales oficios en los cuales esos encuestados creen idónea la presencia homosexual repiten los lugares comunes ya resabidos: artistas, maquillistas, profesores de arte, modistos, *et al.* Y si el homosexualismo es el quinto escaño, ya no el primero ni el tercero, entre las situaciones rechazadas socialmente, un dato también elocuente, lo ofrecía el hecho de que el veintitrés por ciento de los encuestados masculinos y el 7 por ciento de los femeninos optaba por la eliminación de esta clase de personas de la faz del planeta. Un año más tarde, la revista *Temas* dedicaba un número a la diversidad y diferencia de los núcleos sociales de la Isla y publicó un texto donde Natividad Guerrero, del Centro de Estudios que llevó a cabo la citada encuesta, subrayaba algunos de estos datos y enfatizaba que los estudios desplegados no rebasaban el marco de experiencias empíricas, por lo cual se hace imprescindible la sistematización de los talleres y seminarios que proponen una mirada desprejuiciada sobre el tema, de acuerdo con el Programa de Educación Sexual que a fines de los 80 animaron en la Isla el doctor Celestino Álvarez Lajonchere y la doctora Mónica Krause. En aquel período, se publicaron libros sobre la sexualidad juvenil que incluían acápites acerca del homosexualismo desde una perspectiva tolerante. En una entrevista que le realizara la revista juvenil *Alma Mater*, a inicios de los 90, la Krause estimó en un tres por ciento la cantidad plausible de población gay en Cuba, cifra que caía sobre ese vacío de representabilidad histórica, y que escandalizó a varios lectores, asombrando a otros. El cierre abrupto de la bonanza económica que llegaba a Cuba desde la Europa del Este abroqueló a la Isla en una preocupación de resistencia política que no sólo se manifestó en crisis editorial, de diálogos y ángulos analíticos, sino que, también, hizo desaparecer el tema de los espacios públicos que había ido conquistando tímidamente. Buena parte de los estudios desarrollados por el Centro Nacional de Educación Sexual permanecen como un banco de datos inédito, y sólo a fines de los 90 el tema ha regresado a algunos de esos escenarios en que prometía instalarse esperanzadoramente; entre ellos, la televisión, como parte de una oleada que permitió a los grupos de travestismo *amateur* aparecer en las fiestas populares que celebraban fechas revolucionarias.

No es hasta 1999 que aparece en Cuba todo un volumen dedicado al análisis, desde la perspectiva de las ciencias sociales, del homosexualismo como fenómeno. Si en obras anteriores el tema era discutido en capítulos o notas a pie de página, ahora, ya se ofrece un texto que propone una mirada de mayor apertura en sus análisis. El título del libro es *Homosexualidad, homosexualismo y ética humanista*, y aparece firmado por Felipe Pérez Cruz. Podría pensarse que se trata de un verdadero avance, si no se tuviera en cuenta que el libro en cuestión aparece aureolado de elementos que convierten el hecho en un paso de no muy seguro logro. Repitiendo la maniobra editorial que distanciaba a *La maldición. Una historia del placer como conquista*, de Víctor Fowler, de lo que podría ser su lector inmediato, el volumen nunca se ha comercializado en moneda nacional, y ni siquiera ha tenido un acto oficial de presentación, que fue convocado pero nunca consumado. Y si más allá de este o aquel dilema, el ensayo de Fowler consigue una coherencia que le concede un rango fundacional, el de Pérez Cruz es un libro incoherente, que apela a una máscara verbal, tras la cual su autor se contradice fervientemente, apelando a una mirada tolerante hacia los gays que choca constantemente con las fricciones que el cuerpo político de la nación sigue imponiéndole, cosa patente en sus consideraciones hacia el movimiento de liberación homosexual, que lo llevan a polarizar las acciones de éste desde el ángulo de enfrentamiento Cuba/ Estados Unidos. Es cierto que la derecha ha manipulado a su antojo la homofobia que la Revolución Cubana expresó en sucesos lamentables e innegables, haciéndola aparecer en mayor o menor tamaño como a la célebre mancha que el fantasma de Canterville dibuja noche tras noche, como una respuesta reactiva a las estrategias de cambio de un país que, al decir de uno de nuestros mejores intelectuales, suele rectificar sin reconocer que se ha equivocado. Pero no es menos cierto que este mismo libro, que propone una profilaxis que evite no sólo los motivos del prejuicio que sufre el homosexual en Cuba sino, además, «la lucha contra las causas del homosexualismo», lo que implica reducir a un número cero a ese mismo homosexual que dice defender, y que no hace un balance consciente y consecuente de los errores cometidos contra los derechos de esta minoría en la Isla de una manera orgánica ni exacta —ni siquiera dedica un capítulo a los antecedentes de esa campaña «mejoradora» de la que se hace endeble bandera—, se deja arrastrar por los odios políticos de siempre al suscribir párrafos asombrosos, como éste, párrafo ejemplar en su lectura maniquea de las alteridades y puntos de enlace o desencuentro que, en lo cubano, el cuerpo político y erótico de la nación, a veces tan enlazables, a veces tan irreconciliables, han manipulado una y otra vez:

Por demás, cuando cese el criminal bloqueo con el que se quiere destruir la nación cubana y se detenga la política agresiva de los Estados Unidos, que pretenden imponer la regresión hacia el capitalismo, los homosexuales cubanos, en tanto parte del pueblo comprometido con el proceso revolucionario, dejarán de sufrir material y espiritualmente la más represiva, discriminatoria y antihumana política que hoy existe en el planeta.

Vuelve nuevamente el rostro del gay a fundirse en una masa única y atezada en la defensa de un proyecto político sin duda veraz, pero que insiste en homogeneizar esas diferencias en una lectura vertical. Leyendo la nota que provocó el cierre de una cafetería de supuesto ambiente capitalino, viendo cómo la parte visible de una vaga comunidad gay se desplaza de un punto a otro de la ciudad, en pos de un sitio donde reunirse y encontrarse, calibrando las reacciones de un filme como *Fresa y chocolate*, valdría la pena preguntarse si no hay un único bloqueo contra el cual los homosexuales, en tanto que cubanos, debieran unirse a todo el pueblo de la Isla en otras luchas no menos liberadoras.

II

En uno de los mejores libros de poesía premiados y publicados en los años 80, *El pasado del cielo*, firmado en 1985 por Ramón Fernández Larrea, aparecía el siguiente verso: «Ahora me están mirando de reojo tres maricones húmedos». Junto a referencias que cargaban a ese volumen de una notable carga subvertidora, esa línea solitaria ubicaba, de golpe, en un panorama literario dispuesto a renovarse, a esos personajes, hasta ese momento eludidos o no señalados, dentro de una galería que acogía también otras conductas sociales desde una postura al menos identificadora. Cuatro años más tarde, sin embargo, los maricones saltaban a terreno seco para lidiar de tú a tú, y desde la literatura, con el enunciado que podía leerse desde un cardinal aún receloso en ese verso de Larrea. Los sucesos que desataron un nuevo orden de resonancia, en cuanto a la posible asunción del homosexual como un carácter social y una figura literaria exigente, tenían en su eje un poema y un relato premiados el mismo año, 1989, en dos prestigiosos concursos literarios de convocatoria nacional. «Vestido de novia» y «¿Por qué llora Leslie Caron?» fueron los textos señeros de los libros que Norge Espinosa y Roberto Uría presentaron al Premio de Poesía *El Caimán Barbudo* y al Premio de Cuento 13 de Marzo. La aparición de esos textos en revistas, de manera más o menos inmediata, provocó un aire de discusión que, como bien suele ocurrir en la Isla, no alcanzó a expresarse en tonos de polémica escrita. El ser uno de los autores implicados en ese primer momento me liberará de las anécdotas referidas a esa intervención, o franca irrupción, que, al menos, desde una ingenuidad que en mi caso no pactaba con posturas provocativas, activaron lecturas más distintivas al respecto. Ese cuento y ese poema, leídos ahora, empiezan a valer por sus estallidos, por la forma en que, con sus entradas, exigían una visibilidad temática que la última década del pasado siglo vendría a reconfirmar.

Tal vez, sin embargo, esta historia de incidencias artísticas y sociales en pro de un rostro y una voz antes negados al homosexual en Cuba, no fuera la misma. Creo, o quiero creer, que si, en 1990, Senel Paz no hubiese ganado el premio Juan Rulfo con «El lobo, el bosque y el hombre nuevo», otras serían estas palabras. El impacto que ese relato desencadenó en todas las

esferas de lo cubano fue tal, y tan inesperado, que muchas de esas mismas esferas se descubrieron incapacitadas para comprender o frenar la súbita divulgación que ganó ese cuento. Si los textos de Uría y Espinosa inauguraron un *coming out* a nivel nacional, la pieza narrativa de Senel dilató esa apertura a índices internacionales. La definitiva publicación del cuento por la revista *Unión*, funcionó como la recuperación en numerosos límites de esa voz y ese ser marginado.

Todo se conecta entre sí, y nada de esto pudiera explicarse sin atender a la entrada de toda una generación de jóvenes escritores a los escenarios de la literatura, el criterio y el poder desde fines de los 80. La voluntad crítica de esa generación exigió, desde sus márgenes, una política de renovación y cambios que se materializó en el deshielo que conocimos como «rectificación de errores». Los apotegmas de la Revolución fueron revisados y desempolvados, bajo presiones a veces disimuladas de concientización por los propios órganos de Gobierno, y esos jóvenes, paradójicamente, los hijos de la Revolución, educados bajo el signo de la preservación de los valores inamovibles del sistema, eran los que protagonizaban las exigencias del cambio. Esa expresión ganada por las artes plásticas, la primera de las manifestaciones que se rebelara ante cualquier academia con declaraciones aún provechosas, alcanzó a contaminar desde una proyección no pocas veces utópica al cine joven, la música y su difusión, y, claro está, a la literatura y a todo un público multiplicado en los casi once millones de cubanos, entre cuyos rostros ya no faltaba el del homosexual.

La reticencia articulada a principios de los 90 bajo el pretexto del Período Especial silenció voces y espacios de discusión, eludiendo esas proyecciones de comprensión hacia las alteridades, para intentar recomponer esa imagen del pueblo como masa homogénea y de una sola voz que pudiera, a semejanza de un muro, enfrentar la dureza del fracaso. Y aunque no pocos líderes de aquella irrupción de los 80 hayan terminado en el exilio, tildados ya no de traidores sino de neoliberales, la actitud cuestionadora ha logrado perdurar en varias zonas de esa generación que la procuró, y aun en la de las siguientes. Desde campos alternativos de opinión, ha conseguido fundamentarse un discurso paralelo al oficial, y gracias a ello, también, en ese 1989 de cierres y aperturas insólitas, la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños lograba producir un documental donde jóvenes homosexuales cubanos se enfrentaban a sí mismos. Dirigido por una estudiante latinoamericana, como trabajo de graduación, *Aunque no lo diga Fidel Castro* viene a ser hoy una pieza imprescindible. La directora, desde un tácito compromiso con la temática (en los momentos iniciales del documental se identifica como lesbiana), interroga a gays y *straights*, arrancando de ellos confesiones sorprendentes, como aquella de una estudiante de Medicina que, horrorizada, habla del homosexualismo en tanto que patología a exterminar. La ironía de emplazar su cámara en Coppelía, céntrica heladería habanera y reconocido punto de reunión (y a veces, ay, de recogida) de los gays capitalinos, aporta un matiz revalidado

en las imágenes nocturnas de esa misma heladería, en cuyas esquinas esa juventud extraña se reconoce y, entre la penumbra, se sabe observada. El documental, salvo contadas ocasiones, no ha tenido una proyección continuada ni abierta al público.

El propio cuento de Senel Paz —al mismo tiempo, bajo los pretextos más o menos obvios de las campañas de lucha contra el sida, se exponían los primeros lienzos de Reynold Campbell, un pintor que desde la apropiación de los cánones de Warhol avanzó a una personalísima mirada a lo gay hoy ya disuelta en su exilio— desató una serie desequilibrada de versiones teatrales. Al menos, tres casi llegaron a coincidir en La Habana en esos primeros años de la década. Pero habría que esperar a 1997, cuando Carlos Díaz, bajo los auspicios de una productora holandesa, dirigiera la más lograda puesta en escena del ya sobado argumento. No es de extrañar el hecho, si se tiene en cuenta que en 1990 ese director había escandalizado y provocado un verdadero suceso sociocultural al irrumpir en el Teatro Nacional de Cuba con una trilogía de teatro norteamericano que revisitaba *Zoo de cristal*, *Té y simpatía* y *Un tranvía llamado deseo*, desde una estética de quebrantamientos posmodernos que, amén del uso del desnudo como signo liberador, revalidaba la homosexualidad en una reivindicativa asunción de las diferencias. La compañía de este director, Teatro El Público, insiste en esos avatares, actualmente, con una respuesta firme de sus espectadores, fieles a su afán de constante trasgresión. Junto a esta compañía, surgirán textos y grupos que también se apropiarán de argumentos y protagonistas de controversial sexualidad para abrir un recorrido que incluye, entre otras, piezas como *Las mariposas saltan al vacío* y *Si vas a comer espera por Virgilio*, de José Milián; *El último bolero*, de Ileana Prieto/ Cristina Rebull; *El silencio*, de Raúl Alfonso; *La noche*, de Abilio Estévez, o la comercial *Muerte en el bosque*, sobre *Máscaras*, novela de Leonardo Padura.

Es el tiempo, también, en que el fotógrafo Eduardo Hernández prepara sus primeras exposiciones que dinamitan la vuelta finisecular al desnudo masculino como canon de proporciones. Y el momento en el que José Antonio Hevia, joven bailarín de la compañía DanzAbierta desviste a dos figuras femeninas para que bailen *Desnuda*, un prodigioso dueto de connotaciones lésbicas que contrasta en su armonía con los ámbitos y hábitos de represión individual que Ramiro Guerra ha leído en *Espacio cerrado*, coreografía de Rosario Cárdenas. Se trata, pues, de demostrar que, antes del fenómeno *Fresa y chocolate*, ese avance en la procuración de una voz y un rostro para el gay sí estaba siendo localizado, así fuera incidentalmente, por ese adolescente hipotético que podía respirar un aire distinto gracias a esas expresiones de cambio, a las cuales, sin embargo, se mantenía ajena la visión oficial de la prensa que poco o nada decía de estas intervenciones. El testimonio escrito era casi imposible, dada la fuerte crisis de la industria editorial, aunque, entre las afortunadas excepciones, valdría señalar la aparición de dos breves títulos: el poemario *Éramos tan puros*, de Alberto Acosta-Pérez, y el relato *El cazador*, de Leonardo Padura.

La onda expansiva del filme de Paz/ Gutiérrez Alea no tardó en mostrar su verdadero alcance. Si el filme reinterpreta el cuento que lo origina, implementando sobre su fábula nuevos sucesos que recalcan la virilidad de David y abundan en el rasgo diferenciador de Diego, generalmente mediante el chiste, y rara vez desde una mirada de real hondura a su condición, esa relectura del texto de Paz, que expurgó elementos esenciales del relato en función de lo que Pedro Almodóvar quiso resumir tildando al filme de «demasiado amable», logró aplicar un nuevo índice sensibilizador en las posturas de la mayor parte de la sociedad hacia el gay. Pero no olvidemos lo que recalca en una entrevista Carlos Díaz, director de Teatro El Público: tal vez la película gustó tanto porque los muchachos no se acuestan. Y es que, si bien en los Festivales del Nuevo Cine Latinoamericano ha podido corroborarse la posibilidad de diálogo e interés que en el público mayoritario activan filmes como *El juego de lágrimas*, *Eduardo II*, *Sacerdote*, *No se lo digas a nadie* o *Banquete de bodas*, acaso el mismo recelo que desata en ese mismo auditorio el que una actriz cubana se desnude en alguna película pueda recabar la dignidad y aceptación de una historia donde sí aparezca una relación plena de amor homosexual entre cubanos. Ese rejuego de representaciones en orden público sigue enfrentándose a reticencias no disimuladas; a pesar de ser el filme más exitoso del cine nacional, aún no se ha transmitido por los canales de la televisión cubana, medio que sólo en 1999 presentó —al fin— una efímera lesbiana en una serie experimental, y, en ese mismo año, trascendió los diálogos sobre el tema desde una postura sociologizante y exhibió el filme franco-belga *Mi vida color de rosa*.

Al margen de ello, y fuera de la atención de los medios de prensa, siguen obrando voces y nombres que dan sostén a un primario discurso homoerótico expresado sin ambages. Junto a los ya mencionados, aparecen narradores y poetas como Pedro de Jesús López, Ena Lucía Portela, José Félix León, Ernesto Pérez Chang, Juan Carlos Valls, Jorge Ángel Pérez, Arlén Regueiro, Marilyn Roque, Abel González Melo. La línea que da inicio a la noveleta debut de este autor de apenas veintiún años —«La primera que supo en la beca que yo era homo, fue María»— manifiesta el modo en que esta otra generación sí está dispuesta a bajar sus cartas de inmediato, evitando los escamoteos tolerados y soportados durante las décadas anteriores. Una generación que pasa, digamos, de la lectura suspicaz de un tema musical, como lo es la canción «Amor difícil», del cantautor Amaury Pérez, al coreo franco de otras canciones que asumen sin temor a gays y travestis como protagonistas —recordemos *Él tiene delirio*, de Pedro Luis Ferrer; *Hombre de silicona*, de Carlos Varela; *El pecado original*, de Pablo Milanes, o *Lola*, un tema de pop rock que el grupo jovencísimo Moneda Dura ha puesto a sonar en las mismas calles por las que puede andar la *drag queen* a la que retrata. Y una generación que reacciona ya sin tanto estupor ante los lienzos de Rocío García, provocadora en su manejo de los tópicos de la cultura gay masculina como máscara enunciadora, al tiempo que denunciadora, de su propia homosexualidad, o ante los excesos performativos de Alexis

Álvarez, suerte de Yasumasa Morimura tropical. Y una generación que entraba, hasta no hace mucho, a ese espacio diverso y único que en Santa Clara, al centro de la Isla, se llama El Mejunje, y donde la naciente expresión del travestismo, tras notables antecedentes en los 50, como la Musmé, consiguió un espacio oficial libre del clandestinaje en que empezó a resucitar justo a mitad de los 90. Pero, ya tampoco allí la presión oficial deja que se produzcan los tumultuosos festivales que agrupaban a los transformistas del Archipiélago.

Todo esto, y más, hace fecunda la idea de aquel cuerpo homoerótico acerca de cuya existencia discutían las primeras líneas de este texto. Esos nombres dan fe de miembros y perfiles de ese cuerpo, un cuerpo que no será tal en tanto sus fragmentos consigan empalmarse y conformar un diálogo que unifique lo que hoy sólo son fragmentos, destellos, y no parte de un haz continuado que arroje definitiva luz sobre esos temas y creadores. No es todavía un interés formal de las instituciones que suponemos pertinentes esa imbricación, esa posibilidad de un espacio propio —que no excluyente— donde ese discurso gane su propio espesor, tan contundente como los de otros proyectos emergentes alrededor del feminismo y la raza en Cuba. Organizando la Jornada de Arte Homoerótico desde 1998, bajo el auspicio de la Asociación Hermanos Saíz, he intentado trazar esas primeras líneas de avance, consiguiendo el respaldo de esos y más artistas, y una creciente respuesta de público que acude a sus ediciones anuales enterándose Dios sabe cómo, pues la prensa se ha negado una y otra vez a reproducir siquiera una nota informativa sobre ese hecho que aúna a escritores, pintores, teatristas, muestras de cine y demás representantes de ese proyecto al que no podríamos dar aún el nombre de cuerpo, pero sí de brazo o rostro deseoso de creerse. La revisión que en Cuba va produciéndose a nivel icónico de figuras trasgresoras como Severo Sarduy, Calvert Casey o Reinaldo Arenas, introduce signos de valor que rebasan connotaciones únicamente políticas, abordándoseles en artículos, eventos, o tomando sus piezas como base para propuestas de otros medios, por ejemplo, teatrales. Otra labor, ya urgente, será la de conectar esos libros, lienzos, filmes, montajes, a lo que como tejido diáfano pueda extenderse hacia un público potencial que reconozca y respete los cardinales de esas propuestas. Quiero creer en la proyección aún insuficiente de ese cuerpo, pero sí en el gesto de apertura que sus primeros miembros empiezan a trazar sobre el vacío.